

TOMA Y LEE

Fue San Pablo el que nos enseñó que la fe entra por el oído. Efectivamente, escuchando la Palabra de Dios, guardándola en nuestro interior y proclamándola a nuestros hermanos se realiza el milagro de lo que llamamos evangelización.

Veamos brevemente cómo “*tomar la Palabra y leerla*”, o como se dice en otras ocasiones “*tomar la Palabra y comerla*” es causa suficiente de conversión y fiesta para el hombre. Contemplemos tres escenarios:

1 – LA PALABRA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Veamos cómo **Job** en el sufrimiento de la prueba se alberga en las palabras del Señor:

“Del mandato de sus labios no me aparto, he albergado en mi seno las palabras de su boca” (23, 12).

También **Jeremías**, no solamente escuchaba las palabras del Señor, sino que las devoraba y se llenaba de gozo:

“Yahvé, acuérdate de mí, visítame... Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón” (15, 15-16).

Ezequiel vivió una experiencia semejante:

“Y tú, hijo de hombre, escucha lo que te voy a decir, no seas rebelde como esa casa de rebeldía. Abre la boca y come lo que te voy a dar. Yo miré: una mano estaba tendida hacia mí, y tenía dentro un libro enrollado. Lo desenrolló ante mi vista: estaba escrito por el anverso y por el reverso; había escrito: “Lamentaciones, gemidos y ayes”. Y me dijo: “Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel. Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, y me dijo: “Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy” Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel” (2,8-10 / 3, 1,3).

2 – LA PALABRA EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el libro del **Apocalipsis** se repite de nuevo la misma imagen que muestra la importancia que tiene escuchar y acoger la Palabra de Dios:

“La voz que yo había oído desde el cielo me habló otra vez y me dijo: “Vete, toma el librito que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra”. Fui donde el Ángel y le dije que me diera el librito. Y me dice: “Toma, devóralo; te amargarán las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel”. Tomé el librito de la mano del Ángel y lo devoré; y fue en mi boca dulce como la miel; `pero, cuando lo comí, se me amargarón las entrañas. Entonces me dicen: “Tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, lenguas y reyes” (10, 9-10).

San Pablo ora para que la Palabra de Dios habite en nosotros:

“La Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos, y cánticos inspirados, y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre” (Colosenses 3,16).

3 – LA PALABRA EN SAN AGUSTÍN

En la infancia y adolescencia de **San Agustín**, Dios no estuvo presente; o más bien, Agustín no permitió que estuviera presente. Incluso rehuyó de Él. Pasó varios años alejado de la fe, como cuenta en *Las Confesiones*, su libro autobiográfico. No sería por su madre Mónica, quien rezaba y lloraba para que Agustín abrazara a Dios.

Un día, en un jardín privado, le ocurrió algo que le despejó de toda duda. Así fue su conversión:

“Mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No te acuerdes más de nuestras maldades pasadas. Me sentía aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana!? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas ahora mismo?».

Decía estas cosas y lloraba con muy dolorosa contrición de mi corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee» (tolle lege, tolle lege).

De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños acostumbrasen a cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo donde topase.

Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: «Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme». Se había al punto convertido a ti con tal oráculo.

Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, que decía: No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos.

No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se dispararon todas las tinieblas de mis dudas.

Después entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos, porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con sollozos y lágrimas piadosas”.

Desde ese momento, San Agustín descubrió que Dios era principio y fin, sentido de toda su vida, referente y guía en su caminar. Por ello, comenzó a prepararse para su

bautismo. Se retiró a Casiciaco para reflexionar y preparar su alma para comenzar a caminar con Cristo. Finalmente, durante la Vigilia Pascual del año 387, en la noche del 24 al 25 de abril, Agustín fue bautizado por san Ambrosio, obispo de Milán.

San Agustín tardó, como dice en *Las Confesiones*, en amar a Dios y en descubrir su infinito amor. Así lo relata:

“¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 9 de noviembre de 2022